

02-05 Navidad Is.9.2-7 (= 1-6) // Tito 2.11-14 // Lc.2.1-14

Cuando en el hospital te toman una placa del pulmón, - o te practican un cateterismo en el corazón, el médico puede observar qué hay debajo de la piel exterior, en los vericuetos ocultos de tu interior. Es como si tuviese un ojo especial, capaz de ver el interior de tu organismo. - Es como aquellos aviones o satélites estratosféricos del ejército de EE.UU. que continuamente están rondando el globo terráqueo, y que tienen unos aparatos de espionaje tan poderosos, que pueden penetrar por el techo de nuestras casas y fotografiarnos mientras dormimos en la privacidad de nuestra cama. –

La ‘Revelación Velada’ para los Clarividentes

Ésta es nuestra experiencia ante el pesebre de Belén. Con el ojo exterior vemos una familia de gente desplazada, - indocumentados, quizá, - que para escapar del frío y de la lluvia, no encontraron más refugio que un cobertizo ruinoso de animales. Allí es donde la mujer acaba de dar a luz, y envuelve su bebé en unos trapos (quién sabe: ¿en periódicos viejos?) para protegerlo de las inclemencias del tiempo: pues está llorando de hambre y frío. Esto es lo que ven los pastores: un bebé, con la carita mojada de lágrimas, mocosa la nariz, y los pañales ensuciados. Sin embargo, ¡caen de rodillas ante este bebé, y lo adoran como a Dios! Es como si ellos tuvieran una clarividencia especial, capaz de penetrar por la apariencia exterior de pobreza, de vulnerabilidad y de miseria humana, y vislumbraran (¡precisamente en ellas!) a su Dios, - experiencia diferente y, sin embargo, semejante a la de Isaías: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues mis ojos han visto al Rey, el Señor de los Ejércitos!” (Is.6.5).

Es el misterio casi contradictorio de la ‘revelación velada’ de nuestro Dios. Por un lado se hace accesible a nuestros sentidos exteriores: los pastores pueden verlo, palpar su cuerpecito, escuchar sus lloros. Ya de grande, “todo el mundo trataba de tocarlo, pues de Él salía una fuerza que los curaba a todos” (Lc.6.19). Sin embargo, Él sigue siendo “*Deus absconditus, Deus Israel Salvátor*”: “Tú eres el Dios escondido, oh Dios de Israel, el Salvador” (Is.45.15). Una cosa es lo que vemos, otra cosa lo que es. Años más tarde el propio Jesús comentará: “Para un discernimiento he venido a este mundo: para que los ciegos vean, y los videntes se vuelvan ciegos” (Jn.9.39). La tragedia es que los líderes de Israel no le permitieron al Señor convertirlos en videntes: porque no quisieron reconocerse a sí mismos como ‘ciegos’, es decir: como necesitados de ‘nuevos ojos’. Jesús vino para ofrecerles una nueva manera de ver (Jn.9.41; vea 6.41-45), - como se la dio a los dos ciegos (Mt.20.29-34), o como le pasó a Tomás quien, al ver las llagas corporales, cayó de rodillas, exclamando: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn.20.28), o como Pablo a quien le hizo caer las escamas de los ojos (Hch.9.18).

La fe, por tanto, es como un nuevo foco de luz penetrante, mediante la cual nuestro ojo descubre la presencia y actuación de Dios en todo aquello en que lo enfoquemos. Pero ahora, ya no tanto en un bebé lloroso en el pesebre de Belén, sino más bien en toda persona agobiada, sufriendo, necesitada que la Providencia pone en nuestro camino. ¡Navidad ha de ser la fiesta de los nuevos ojos: de nuestra clarividencia que Lo descubre bajo el velo de nuestro prójimo! - Y puedes estar seguro que el Señor se encargará de que, en tu camino, te cruces con el necesitado que la Providencia, desde eterno, ha destinado para ti: para que en él Lo descubras a Él mismo, - como dice Jesús: “Los pobres los tendréis siempre con vosotros: para que abras la mano a tu hermano indigente o necesitado” (Jn.12.8; Dt.15.11).

El Sueño Loco de Isaías: Regreso al Paraíso

Cuando todo el Cercano Oriente estaba cayendo bajo la bota militar del Imperio militarista de Asiria, - cuando el Estado-Hermano de Israel del Norte estaba siendo barrido del mapa por esa avalancha implacable, - cuando el pequeño Reino de Judá estaba siendo invadido y devastado por esa misma oleada sangrienta de violencia bélica, - entonces, en contra de toda esa evidencia visible, Isaías lanzó su profecía utópica de paz universal bajo el mando de un Niño, un bebé, de títulos enigmáticos. ¡Hay que

ser loco, para cerrar los ojos ante la realidad de guerra y destrucción que nos rodea, y proclamar el regreso al Paraíso! Las tinieblas presentes serán barridas por una Luz grande. Habrá un gozo paradisíaco, pues el profeta, hablando a Dios, se atreve a proclamar: “Se gozarán en tu presencia”. Lo que aquí se traduce por ‘en tu presencia’, es traducción normal del hebreo: “*le-paney-ka*”, que literalmente significa: “ante tu rostro”. Ahora, en este caso concreto conviene dejarlo en este, su sentido original: “se gozarán ante tu rostro”, pues el profeta lo relaciona con aquel ideal del comienzo de la historia: cuando Dios mismo solía venir a pasearse con Adán y Eva en el Paraíso (vea Gn.3.8).

Primera Letanía de Títulos (Is.9.5)

Del Niño enigmático que va a hacer realidad este sueño de alucinados, se dan cuatro títulos, como era costumbre del ritual palaciego en Oriente: al nacer el heredero al trono, se proclama sobre el recién nacido unos títulos grandilocuentes. En este caso el profeta lo llama: (1) “Maravilla de Consejero”: su gobierno no va a ser una imposición autoritaria de leyes y normas, sino se va a caracterizar por una persuasión suave tal, que causará general admiración y alegría. – (2) “Dios Guerrero”: muy pocas veces el A. T. aplica la palabra ‘dios’ a un ser humano, como p.ej, Ps.45.7-8, que dice del rey: “Tu trono, oh dios, para siempre jamás...por esto, oh dios, tu Dios te ha ungido con óleo de alegría”, etc. Este término, que el Salmo usa de modo figurativo del rey-mesías, resulta en Jesús tener sentido literal: Jesús es Dios, y como Rey Divino derrotará a todos sus adversarios (vea Apoc.19. 11-16). – (3) “Padre Sempiterno”: era común llamarle ‘padre’ a Abraham (Lc.16.24), pero apenas seis veces en todo el A.T. se llama así a Dios mismo, como p.ej. hace Isaías: “Tú eres nuestro Padre, pues Abraham no nos conoció; pero Tú, Señor, eres nuestro Padre desde siempre” (Is.63.16). – (4) “Príncipe de Paz”: ya hoy, en su nacimiento, cantan los ángeles: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de beneplácito” (Lc.2.14). En la Última Cena nos la promete como su herencia: “La paz os dejo, mi paz os doy, pero no una paz como el mundo la da” (Jn.14.27). Pero primero tendrá que conquistarla a precio de su propia vida, y sólo entonces, en su Resurrección (Jn.20.19-20), nos la puede dar efectivamente: “Él vino a proclamar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estábamos cerca. Pues en Él unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu” (vea Ef.2.14-18). Porque ésta es la paz que el mundo no nos puede dar: volver a sumergirnos en el Corazón del Padre eterno. Porque allí estábamos antes, más unidos que gemelos en el seno materno, - de allí hemos salido a recorrer cada cual nuestro camino por el mundo, - y allí esperamos reencontrarnos eternamente en el abrazo del Padre.

Segunda Letanía de Títulos (Lc.2.11)

Además de los cuatro títulos que le da Isaías, el ángel proclama de Él otros tres títulos: Salvador, - Cristo, - Señor. Esta serie de tres sale sólo una vez más en toda la Biblia: en Fil.3.20. - (1) El título “Salvador” no significa sólo que Él viene a quitar el pecado, sino mucho más: viene a hacernos participar con Él en la ‘Salud’ por excelencia, es decir: en la propia vida de Dios, - cosa que sólo Dios puede conceder (Jn.6.44). De ahí que el término ‘Salvador’ es título exclusivo de Dios: “Yo, Yo soy el Señor, fuera de Mí no hay Salvador” (Is.43.11); “He aquí a Dios mi Salvador, pues Él es mi fuerza y mi canción: Él es mi Salvación” (Is.12.2). - (2) El título “Cristo” significa ‘Ungido’, y se refiere a la fuerza especial que el Espíritu Santo daba a los reyes, los sacerdotes y los profetas del A.T., para capacitarlos a cumplir debidamente su vocación en beneficio del Pueblo de Dios. Luego, este título celebra a Jesús en cuanto ungido con aquella triple plenitud del Espíritu, con que fue ungido a orillas del río Jordán (Mc.1.9-11). – (3) El título “El Señor” (que en el N.T. traduce el nombre propio de ‘Yahweh’: vea Mt.22.43-45) le es conferido en su Resurrección y Ascensión a la Gloria, desde donde ahora derrama este su Espíritu sobre nosotros (Hch.2.33-36). – La 2ª lectura de hoy lo llama: “El Gran Dios y Salvador Jesucristo” (2.13). El autor usa estos títulos con toda su fuerza divina: porque ya en v.10 aplica a Dios mismo estos mismos títulos: “Dios, nuestro Salvador”. Luego, ¡el mismo término ‘Dios’ que v.10 aplica al Altísimo, lo aplica v.13 a Cristo! – Así, este Niño es “el Misterio de Dios, en quien están contenidos todos los tesoros” (Col.2.2-3).-

